

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

| | |
|----------------|------|
| Mes..... | 1 |
| Trimestre..... | 2,50 |
| Semestre..... | 5 |
| Año..... | 10 |

PROVINCIAS

| | |
|----------------------------|---------|
| Tres meses..... | 3 |
| Seis..... | 5,50 |
| Año..... | 10 |
| Extranjero y Ultramar..... | 5 pesos |

CORRESPONSALES

| | |
|-----------------------------|------|
| 25 números de El Motín..... | 2,50 |
| Idem del Suplemento..... | 0,75 |

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

GENTES RELIGIOSAS

Cubierta de andrajos y casi descalza, la niña entró en la iglesia á resguardarse del frío.

Celebrábase una novena que un devoto costaba á la Virgen por haber atendido á la súplica que le dirigió para que helase fuertemente, pues de otro modo no podía patinar, y el templo estaba como un ascua de oro.

Embobóse la niña con la imagen de la Madre de Dios, que ostentaba un manto de riquísimo terciopelo cuajado de brillantes, y, recordando consejas maternas, cayó de rodillas, cruzó las manos y pidióle un traje de abrigo.

Fijóse en ella una elegante señora que, acompañada de su esposo, llegaba henchida de fe á rogar por el pronto regreso de su amante, y ordenó indignada á un monaguillo que la arroja-se del templo, no sólo por el asco que producía, sino por evitar que robase algo.

Cumplió el acólito con celo sin igual el mandato piadoso, y la niña fué arrojada á la calle cuando empezaba á oscurecer. Refugióse llorando en el quicio de una puerta, y al cabo de una hora acertó á pasar á su lado una señora gruesa, que se fijó en ella, y, al ver que era guapa, se la llevó á su casa, pensando en un caballero con quien había hablado aquella mañana.

Y al verse al día siguiente con un traje nuevo, bien calzada y perfumada, la niña cayó nuevamente de rodillas y cruzó las manos para dar gracias á la Virgen por la eficacia con que la había atendido; postura en que la sorprendió un caballero que entró en su gabinete, adornado con imágenes de María Santísima y de su esposo; caballero que cerró la puerta y la sentó sobre sus rodillas.

Al fijarse en él reconoció al católico esposo de la católica señora que había mandado la tarde anterior arrojarla del templo católico, donde no hay pobres ni ricos sino hermanos en el Señor.

JOSÉ NAKENS.

LA CANDELARIA EN MI PUEBLO

¿Qué se le ocurrirá á D. Sinforoso?—exclamé viendo sobre la mesa de mi despacho una carta por cuyo sobre conocí que era del párroco de mi aldea.—Sin duda algún ó algunos encarguitos, ó el aviso de que viene á Madrid á tomar mi casa por posada. Como es tan llanote, á lo mejor me toma por agente de sus negocios ó se me descuelga de pupilo temporal, aunque gratuito.

Rompí el nema de la epístola y vi que no se trataba de ninguna de las dos cosas que suponía.

Hela aquí al pie de la mala letra y con su propia ortografía:

«Zarzalejo denmedio beintiocho de Enero de 1888
Querido amigo: Mea legraré queal recivo destas cortas letras te hayes bueno y con salud como yo para mideseo. Pues esta tiene por ojeto decirte como el día de la Candelaria estrenamos una virgen nueva y la bamos a acer una fiesta de mil demonios. Como sabes que nunca meolbido de losamigos teconbido a que bengas a pasar un día vueno. Para que no me vengas con disculpas ni sutefurgios ay te remito dinero para que pagues la diligencia y sin mas hasta la bista que tiene muchas ganas de berte tu amigo capellan y párroco

SINFOROSO PALOMEQUE.»

A no conocer el carácter de D. Sinforoso, me hubiera indignado por lo de la libranza que me remitía para gastos del viaje; pero es así mi párroco, y no hay mas remedio que dejarle. Mas tarde recordé que la cantidad que me enviaba era precisamente igual á la que gasté en un estandarte que me mandó comprar sin enviarme el dinero. Porque, eso sí; en sus cuentas es la exactitud andando.

Recuerdo que en una ocasión, al regresar á su pueblo, y montado ya en la diligencia, me pidió prestadas dos pesetas, y dos días después recibí carta suya en que me decía que, no habiendo podido ir al giro mutuo de la villa á sacar una libranza de aquella cantidad, había aplicado una misa por mi intención, y estábamos en paz.

El, en su buena fe, lo creerá así; pero yo sospecho que me sigue debiendo las dos pesetas.

Cuestión de apreciaciones.

La tarde del primero de Febrero paró el carruaje que me conducía en la puerta parroquial.

D. Sinforoso, que por el ruido del vehículo se había apercibido de mi llegada, salió á recibirme con los brazos abiertos.

Otro tanto quiso hacer su ama, chica de mi edad, con quien había jugado de niño y que no me había visto desde hacía muchos años; mas el páter se interpuso diciendo:

—Pero ¡mujer, mujer! Ten juicio. ¡Ya ves! ¿Qué diría la gente!

—Pues no tendría nada de particular—respondió ella amoscada por la advertencia.

—No, hija, no tendría nada; pero como en este pueblo todo se comenta, todo se critica, hasta de ti y de mí tienen que decir. No sabes—añadió dirigiéndose á mí—lo empecatadas que están estas gentes. De un grano de arena levantan un monte. Lo que me ha sucedido hace pocos días lo demuestra. Verás: Carmencilla, la hija de la Pavona, quedó huérfana, como ya te escribí. Como no está bien que una chica de dieciséis años viva sola, la traje á casa; pero, hijo mío, como ésta es tan envidiosilla, todos los días se pegaban las dos sin motivo ni fundamento.

—No me haga usted hablar, señor cura—interrumpió el ama de mal humor.

—Pues voy al caso—continuó D. Sinforoso;—como esto era un infierno, resolví casarla con Juan el herrador; ya le conoces: es un buenazo, pero que se deja llevar de lo que le dicen. Se hizo la boda, y ya ves qué culpa tendré yo de que la chica á los seis meses... Pues, hijo, tú no sabes los líos que esas gentes le han metido á Juan en la cabeza. Con decirte que el otro día estuvo á buscarme con un garrote, y á no ser por el sacristán y otro vecino no sé lo que hubiera pasado, está dicho todo. ¡Jesús! ¡Cómo traía aquel hombre la cabeza de cuentos y chismes!

Ya te contaré, ya te contaré muchas cosas. Ahora sube, que te dé esa de merendar, mientras yo voy á escoger la mejor pareja del palomar para el canastillo de la Virgen. Además, mañana soltaremos en la iglesia tres ó cuatro parejas. Eso hace muy bonito, y luego como los animalitos saben volver al palomar, me sale muy barata la fiesta.

Entre cenar, charlar al amor de la lumbre y dedicar al sueño las indispensables horas, se pasó aquella noche.

Al siguiente día, apenas amaneció, cádate á D. Sinforoso en mi alcoba gritando:

—Ea, dormilón, ¡arriba! levántate, y te enseñaré los ornamentos que voy á estrenar en la fiesta. Oye, Mariquilla—gritó llamando al ama,—abre el arca y saca la casulla y la capa pluvial nuevas.

Así lo hizo la doméstica, y cuando D. Sinforoso las tuvo en su mano, me dijo mostrándomelas:

—Pues donde las ves, no me han costado nada.

—¿Cómo es eso?—le pregunté.

—Muy sencillo. Vino por aquí un tío de esos que negocian en antigüedades; anduvo por la iglesia y la sacristía, y allí, en un rincón, vió un cuadro muy viejo lleno de telarañas; Y habrá tonto! Porque detras tenía una firma que decía: *Joanes Pantoja de la Cruz fecit* (el nombre de algún otro cura que lo emborrónó por detrás), me dió mil reales en dinero y estos ornamentos que usó el cardenal Cisneros cuando fué á bendecir el ferrocarril de Lisboa á Salamanca... Digo... así me lo ha dicho él; y cuando él lo dice, que entiende tanto de antigüedades...

Llegó el momento de la *solenidá*, como don Sinforoso dice.

Fuimos á la iglesia, que no tiene nada de espaciosa, pero tampoco de artística, con sus cinco altares, el mayor en que estaba la Virgen objeto de la fiesta y otros cuatros repartidos. Entre los extremos de los brazos del crucero y los pies de la iglesia, de cornisa á cornisa cruzábanse cadenetas hechas de papel de colores, barato. Una lámpara, que sólo se saca los días que

repican gordo, pendía del centro del crucero; las claraboyas estaban abiertas para evitar que, con el humo de los cirios y el del incienso, tuviese algún fiel que retirarse con la cabeza como una olla de grillos.

La bendita imagen de María, que era de cartón piedra por cierto, estaba llena de alhajas más ó menos empuñables, prestadas por las devotas, quienes, además, habían contribuido á llenar las gradas de rama de pino, hierba y algunas florecillas silvestres, pues la estación y escasez de las bolsas no les permitían llevarlas de cultivo. Después de todo, lo mismo la piedad se demuestra con una camelia que con un cardo; la intención es lo esencial.

Poco á poco se fué llenando el templo de devotos. En el coro, la charanga de una compañía de titiriteros esperaba la salida de los oficiantes para romper sus acordes. Empujón va y empujón viene, estuvimos pasando las de Caín hasta que el sacristán asomó por el presbiterio haciendo señal á los *profesores* de la orquesta que tenían permiso para hacer de las suyas.

El director, cogiendo un rollo de papeles á guisa de batuta, dió un golpe en el atril y una patada en el pavimento. Tembló la bóveda del coro, embocaron todos sus instrumentos y resonó en los ámbitos de la iglesia la *jota de los ratas de La Gran Vía*, saliendo entonces don Sinforoso acompañado de otros dos colegas de oficio.

Con la boca abierta estaban los vecinos, asombrados de tanto esplendor y magnificencia tanta, sin advertir que al *sacris* se le había olvidado poner en el altar los canastillos de palomas y otras ofrendas, y todo se le volvía entrar á la sacristía y salir con cachivaches.

Como es costumbre que en la iglesia no haya mas que un monaguillo, para aquel día se había contratado otro extraordinario, tan chiquitín y de tan pocas fuerzas, que apenas podía con el crial.

Cuando llegó la ocasión de leer el Evangelio, no pudiendo sostenerle en alto y con el remate apoyado en el pecho, empezó á llamar á otro chico para que le ayudase; y como no le hiciera caso, lo dejó caer sobre el sagrado libro con tal ímpetu, que de agarrar la cabeza del presbítero lector, hubiera acabado con sus evangelios y con sus misas.

La que se estaba celebrando terminó, y era, por lo tanto, llegado el momento de sacar procesionalmente la Virgen, cuya peana tenía ya prevenidas las andas. El barbero del pueblo, salmista jubilado de no se qué Catedral, se desgañitaba á gritos; D. Sinforoso blandía el incensario llenando el templo de humo; sólo faltaba que el *sacris*, según las instrucciones recibidas, soltase seis palomas del cura, que dentro de un jaulón estaban en la sacristía.

Pasaron cinco minutos, diez, y los animalitos no salían. Todo se le volvía á mi amigo dirigir impacientes miradas á la sacristía, donde se oía un ruido no prescrito para tales casos. Sonaba así como si alguien anduviese á palos por allá dentro.

Y así era. *Humberto*, enorme gatazo de Angora, había roto la portezuela de la jaula y, cogiendo un pichón en la boca, andaba huyendo del sacristán, que le perseguía escoba en mano, hasta que acertó con la puerta que comunicaba con el altar y salió por allí corriendo con su presa.

Al verle D. Sinforoso, lleno de ira quiso atizarle un puntapié, mas lo hizo con tan poco presteza que, en vez de darle al gato, aplicó una puntera á uno de sus colegas ayudantes, quien, dolorido, exclamó:

— ¡Animal!

A lo que respondió D. Sinforoso:

— ¡Ya! ¡ya! ¿Ve usted qué animalito?

Y se quedó tan fresco.

No duró mucho la procesión; fué cosa de diez minutos, empleados en dar tres vueltas á la iglesia.

Cuando el público desfiló, aun nos quedó á nosotros otra tarea que hacer. Las cinco aves que se habían librado de las garras del felino salieron al templo, se encaramaron en las cornisas, y ate-

morizadas por el pasado susto, no había Dios que las sacara de ellas.

Fué preciso que D. Sinforoso y otro cura, con dos cañas largas, anduviesen persiguiéndolas de un sitio en otro, hasta que, cansadas de revolotear, tomaron la prudente determinación de salir por las claraboyas, sin acordarse de volver al palomar ni por asomo.

Para colmo de desdichas, supe después que el buen párroco, que peca de espléndido, sólo había preparado un modestísimo almuerzo para los curas y para mí, porque pensaba con las palomas perdidas hacernos una merienda. Como no parecieron, nos dijo que á otro año sería y que por éste dispensáramos.

Al despedirme de él, me preguntó:

— ¿Qué tal te ha parecido la fiesta?

— ¡Magnífica! — le respondí con ironía.

— ¿De modo que volverás otro año?

— Tal vez no me sea posible.

— Hombre ¿y eso?

— Porque de estas solemnidades basta con una en la vida.

JOAQUÍN G. LOSADA.

LA HISTORIA DE SIEMPRE

No merecía consignarse. Tanto se repite, que ha llegado á ser vulgar.

Un ciudadano concluye su carrera de instrucción primaria á costa de mil sacrificios, hace oposiciones y alcanza la escuela de un pueblo cualquiera: no importa el nombre; mas puesto que ha de dársele alguno, supongamos que se llama Ababuj.

Supongamos también que allí hay un cura y un alcalde *in nominatin*, porque en realidad es un simple monaguillo, ó un monaguillo simple del párroco.

Llega el pedagogo á tomar posesión de su cargo, y cura y alcalde le previenen que no se trate con el ministrante, á quien odian porque no se presta á servirles de lacayo.

Responde el maestro que necesita y quiere llevarse bien con todos sus convecinos, siempre que en ellos no vea algo que los haga indignos de su amistad; y de aquí el primer rompimiento de hostilidades.

Desde aquel momento el maestro es puesto en entredicho por sotana y monterilla; y como surte tanto efecto la calumnia en las poblaciones de corto vecindario cuando el que la esgrime lo hace en la sombra del confesonario ó entre las nebulosas reticencias del púlpito, el infeliz se ve asediado por todas partes.

Si á esto se añade que el perseguido se encierra en el santuario de su escuela (tan sagrado ó más que un templo) y tiene en más la instrucción de sus discípulos que el hacerles perder el tiempo inútilmente en la iglesia, ¡qué terreno más abonado para que un cura siembre la semilla de la discordia, fertilizándola á diario con el riego del fanatismo!

¡El maestro es hereje! ¡El maestro es impío! propala á los cuatro vientos. ¡Un maestro así es una calamidad!

Y, sin embargo, los padres de familia, que creen en parte las palabras del cura, pero que ven que sus hijos progresan visiblemente bajo la dirección de tan detestado maestro, permanecen indecisos.

Entonces es cuando el cura acude con un fárrago de calumnias á la autoridad superior de la provincia, y ésta, como Pilatos, reconoce que la víctima es inocente; pero débil y complaciente con los modernos escribas, se lava las manos y dice *Ecce homo*, ó, lo que es lo mismo, ahí va la destitución, aunque por escrúpulo de conciencia se reserva darle otra escuela.

¡Qué satisfacción la del cura cuando regresa triunfante con el documento gubernativo! ¡Qué alegría más cristiana cuando él mismo va á humillar á su inocente enemigo! ¡Qué goce tan inefable el de verle recoger en un desvencijado vehículo su mísero ajuar y abandonar aquel pueblo en el cual hizo verdadero derroche de inteligencia y de trabajo!

Cuadro en verdad magnífico, digno de ser trazado por mano maestra; pero que, como se repite frecuentemente en todas partes, resulta vulgar, cual dije al comenzar estos renglones.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Por el mes de Agosto último llegó un amigo nuestro al pueblo de su naturaleza (San Cristóbal de Polantera), en el momento preciso en que vino al mundo una sobrina suya, á quien su hermano se empeñó que apadrinase.

Al aceptar la proposición de su hermano, le dijo que el cura no iba á consentir que un libre-pensador tan caracterizado como él en el país, y que no se confesaba ni oía misa hacía ocho años, apadrinara á la que sin voluntad propia ni conciencia de lo que le iba á ocurrir ingresaba en la religión católica.

El hermano le respondió que con dirigirse al Juzgado desde la iglesia, si así sucedía, é inscribirla en el Registro civil, terminaban sus funciones de padre, padrino y ciudadanos; pero á ruegos de la madre de la niña, accedió nuestro amigo á decirle al cura que había confesado y comulgado en la Cuaresma anterior.

Creyólo el cura, y la niña fué bautizada, sonriéndose de alegría al verse en brazos de un pecador empedernido.

Supo después el *cucaracha* que el padrino no se había confesado y que leía *Las Dominicales* y *El Motín*, y hecho una fiera tuvo una agarrada con su hermano, quien lo hubiera confirmado por imprudente á no intervenir un cuñado suyo. Al huir el cura le ofreció afrentarle desde el púlpito.

Que vea lo que hace el *cuervo* de San Román el Antiguo, pues estoy dispuesto á cortarle los vuelos desde las columnas de este moralizador periódico, salvaguardia de jóvenes bonitas y de maridos confiados.

Falleció en Montemolín (Badajoz) un individuo á consecuencia de un disparo de pistola recibido en ocasión que se hallaba acostado en cama con su esposa y una niña de corta edad la noche del 27 de Enero último.

El Juzgado intervino en el asunto, sin que de sus averiguaciones se haya descubierto hasta ahora que se tratara de un suicidio, por lo cual, después de verificada la autopsia, el juez dispuso se enterrase el cadáver en el cementerio católico.

Ahora, después del tiempo transcurrido, quiere intervenir en el asunto el *cucaracha*, atreviéndose á lo que el Tribunal no se ha atrevido aún: á calificar el hecho de suicidio. Así lo ha notificado en un oficio á su superior jerárquico protestando de que se haya enterrado el cadáver en el cementerio católico.

Esta comunicación del *cuervo* produjo otra del obispo al gobernador, y otra de éste al alcalde de Montemolín; contestando esta autoridad que, á petición del Juzgado, había señalado el sitio para la autopsia, y que ignoraba la causa del suceso por hallarse en sumario; añadiendo que ninguna reclamación le había hecho el cura acerca del enterramiento, que se verificó previos los requisitos legales.

Este conflicto de jurisdicción es muy fácil de resolver. Bastará conque la familia apunte metal al *cuervo* para que dé por bien muerto al difunto y santamente enterrado.

Acaba de morir una anciana en hedor ¡uf! de santidad.

Se llamaba Isabel, era gallega, natural de Villamayor por más señas, y desde los doce años se sintió con síntomas premonitores de santa.

Así lo atestiguan numerosos paisanos suyos, añadiendo que desde su más tierna edad, hasta la de sesenta y dos años en que ha muerto, no probó ningún alimento sólido, sustentándose únicamente con agua, vino y unas recortaduras de hostias que le suministraba un sacristán benéfico.

Ha muerto santa, gallega y virgen, todo en una pieza; á pesar de que el maligno Tirso, aquel fraile de la Merced que tan poca hizo al bello sexo gallico, dijera:

«Que son muchas gollerías
pedir doncellez gallega...»

Lo más triste es que ya no se puede ni ser santo sin que la maledicencia se cebe en nuestra reputación.

¿Pues no se atreven á decir los impíos que esa santa ayunadora se engullía cada chuleta que cantaba el credo?

Gracias á que esas calumnias y otras más gordas

no llegarán á oídos del portero celestial; que si no, es probable que le impidiese la entrada.

Aunque ya debe estar acostumbrado á ver entrar en los Cielos á multitud de farsantes, hipócritas y embaucadores de ambos sexos.

Hace cinco años casó el cura de Cardenosa (Avila) á dos personas cuyo parentesco ignoraba, por lo cual no les sacó los cuartos de la dispensa.

Como les cobró bien la boda los dió por muy bien casados, y hasta Dios debe estar conforme con ese matrimonio, porque les ha otorgado á la fecha cinco hijos como cinco soles. (Esto suponiendo que Dios intervenga en eso de dar hijos.)

Ha sabido ahora el *parroco* la consanguinidad de los esposos, é indignado por no haberles sacado *in illo tempore* unos ochavos más, dice que no es legítimo el matrimonio mientras no lo rehabiliten con la dispensa; que entretanto no pueden los consortes entrar en la iglesia, y que por ahora están libres de volverse á casar con quien les parezca.

Esto parecerá, y es un disparate, mirado desde el punto de vista canónico, mas no desde el de la conveniencia metálica del *páter*. Supongamos que estuviesen disgustados los cónyuges y, basándose en el aserto del cura, buscarse cada uno por su lado nuevo acomodo. ¡Qué ganga! ¡Dos bodas más que cobrar aparte de la primitiva!

¿Que quedaban cinco criaturas ilegalmente declaradas ilegítimas? ¿Y qué? No cinco, cincuenta mil brotes de cura andan por ahí en ese estado y, sin embargo, Inclusas y Hospicios velan por ellos.

¡Y vivan la moralidad, la indisolubilidad del matrimonio y la Guardia civil que no se dedica á prender *clericeros*!

En un atento B. L. M. invitó el presidente del Nuevo Casino de Pamplona para un baile de máscara al director de *El Tradicionalista*, papel *carca* de aquella población; mas como no se puede ser galante con un neo sin recibir una coz, he aquí la que soltó el mencionado periódicucho al acusar recibo del volante:

«No podemos evitar que se nos hagan esta ni otras cualesquiera invitaciones; pero, salvando la intención de quien nos ha invitado á los bailes de máscaras del Nuevo Casino, tócanos decir que agradeceremos muchísimo se excusen de invitarnos á tales fiestas.

Nos gusta dedicar este tiempo á desagraviar á Dios por las ofensas que recibe en los condenados y abominables bailes de máscaras. Aun sin el B. L. M., habríamos hecho una declaración igual ó parecida y tan conforme con los principios que *El Tradicionalista* sustenta y practica.»

Si te aprecias lector en lo que vales, no te trates jamás con... clericales.

¿Quién será ese prójimo que está con un acordeón armando zaragata?—pregunté viendo en la estación de Carmenta á uno que presidía una *juerga* con jaleadores de ambos sexos, en la cual se bebía y se cantaba por todo lo *jondo*.

—Es nuestro amado párroco — me contestó uno del pueblo. — Está esperando el tren para ir á Toledo, y por entretenerse en algo...

—Vamos, sí, está echando al aire una canita y unas cañitas al cuerpo para desquitarse de sus enormes tareas parroquiales. Se aburrirá en el curato. Puede ser que no tenga ni ama con quien distraerse.

—¿Qué no tiene? Una moza de á veintidós Abries que da el *opium divinum*.

—Pues hace mal — dije yo — en dejarla sola é irse de bureo, por si acaso en su ausencia se desencuelga un *cuervo* circunvecino, y cuando vuelva tiene que agacharse para entrar en casa por no tropezar con la puerta.

—Amén — me contestó mi interlocutor, y yo proseguí mi camino.

¡Nada! Al paso que vamos, cada padre de familia que tenga hijas guapas ó ricas estará obligado á tener á mano siempre un revólver para espantar á los curas que se acercuen á cien pasos de su casa.

Esto de los secuestros á lo divino va siendo el *panem nostrum quotidianum* que dicen *esos*...

Ha pocos días el gobernador de Zaragoza tuvo que acudir á un convento á exclaustar una joven víctima del libertinaje de un clérigo, que había sido conducida allí para ocultar la presbiterial hazaña.

El comentario de esta noticia hay que dividirlo en puntos, como las meditaciones piadosas.

Punto primero: El mencionado gobernador es digno de aplauso por haber cumplido con su deber.

Punto segundo: El *cuacacha* autor de... eso, y además del secuestro de su víctima, debe ingresar en una cárcel para escarmiento de curas libidinosos.

Aunque los curas no escarmientan en cabeza ajena; antes parece como que se animan con las hazañas de sus colegas en bonete.

Estábase el cura de Santa María de la Torre (Lugo) berreándose una misa, y al volver la jeta hacia el pueblo, vió que un forastero había entrado por una puerta que no es la que él tiene señalada para ello. Encaróse con él y le dijo:

—¿Oís, rapaz? Por ahí *non se entra*.

—Y alogo, ¿por dónde? — preguntó el otro.

—Pola outra porta, condenado.

Obedeció el creyente, arrodillándose después con fervor.

Enredóse el cura á predicar, y cansado el otro de de estar tanto tiempo de rodillas, se levantó. Vió el cura y díjole:

—*Aquí non se usa eso*.

Entonces, avergonzado el forastero, procuró esconderse tras otro devoto; mas el implacable *cuervo* prorrumpió:

—*Non te excondas, que ven te vexo*.

¡Y dirán luego que no es divertido ir á la iglesia cuando se dan presbíteros de semejante alzada!

Ingresó hace un año como novicia en el convento de Agustinas de Sanfelices una joven que, terminado su noviciado, debía profesar el pasado miércoles de Ceniza.

El ingreso se hizo á voluntad suya y de su familia; mas como ni es oro todo lo que reluce ni virtud todo lo que se supone en los claustros, la chica se escamó del monjío, y algo también debió escamarse su padre, cuando el sábado anterior á la semana de Carnaval se presentó en el convento á reclamar su hija, que le fué devuelta por la superiora y capellán inmediatamente, sin meterse en esas honduras del Concilio de Trento de que habla el obispo de Tuy en su pastoral á propósito de la desgraciada muerte en Vigo.

Debo hacer constar que la novicia de Sanfelices no poseía cuarenta mil duros, porque así podrán aclarar los Padres de la Iglesia qué cantidad necesita una novicia para estar bajo la jurisdicción de los cánones tridentinos.

Un joven natural de Jérica (Castellón) hizo un viaje en velocípedo desde la capital á su pueblo.

Al verle sus devotos paisanos hicieron la señal de la cruz, atribuyendo al demonio aquel medio de locomoción.

A muchos les extrañará semejante majadería; pero yo estoy curado de espanto.

La primera vez que pasó una locomotora por el pueblo de un cura conocido mío, exclamó arengando á sus feligreses:

«¿Lo veis? ¿Lo veis? Desde que tienen República esos malditos franceses, tienen *pato* con el demonio. ¿A quién diablos se le ocurre meter las mulas en esa caja de hierro que lleva lumbre y echa humo?»

¡Cuánta divina barbaridad inspira la religión de nuestros mayores... estúpidos!

Conciliador de voluntades desavenidas, amigo de la paz del prójimo, preceptor *per saltum* de latín y castellano, fabricante de trompos, organizador de la Orden tercera, arreglador de hijas de María, *cantaor* y murguista, toda esta enciclopedia de oficios tiene el *parroco* de Peñafior, y todavía le queda tiempo para trabajar de orador.

He aquí una muestra de sus habilidades en esto último:

«Si os rompéis un brazo, os queda otro; si perdéis una pierna, os queda otra. Pero ¡si perdéis el alma!»

Y menos mal que le faltó aquí el resuello, porque si no hubiera ido enumerando después del alma todas las partes del cuerpo humano que no tienen pareja, y ni su misma ama sabe dónde hubiera ido á parar.

¡Si será avisado el mozo!

Habría quien crea que un cadáver no puede estar sepultado todo entero en dos pueblos distintos.

Pues sí, señor, y el que lo dude que se lo pregunte á los curas de Caimito y Hoyo Colorado (Cuba), que han cobrado cada uno diecisiete pesos cincuenta centavos oro por sepultura y enterramiento de un mismo individuo, afirmando cada cual en un recibo haberle dado sepultura en su curato.

¿Qué lío será éste?

La verdad es que, habiendo cuartos de por medio, puede cualquier vivo aparecer enterrado donde se le anteje y cualquier muerto avecindado donde le cuadre.

¡Cuándo el registro civil será una verdad para quitarles á los curas toda intervención en actos de esta especie!

Parece ser que piensan declararse en huelga las costureras y modistas de Logroño, á causa de que las madres adoratrices, madres siervas y otras ma-

dres más ó menos auténticas, les hacen la competencia y apenas les permiten ganar medio jornal.

¡Inocentes muchachas! Ahora han caído en la cuenta de que es imposible la competencia digna en las labores con monjas y hermanucas á quienes el Gobierno ó las beatas fervorosas les dan gratis casa y utensilios de trabajo, y la caridad católica, oficial y particular cuantiosos donativos.

Esto sin contar los muchos beneficios de todos géneros que reciben de los presbíteros afectos á sus respectivas comunidades.

Nos hemos perdido una monja, es decir, se la ha perdido el capellán de las carmelitas de Reus.

Era una muchacha que entró de novicia, con la esperanza de pasar la vida monásticamente con una hermana suya, monja en aquel convento.

Llegó el día señalado para la toma de hábito, y cuando estaban reunidos familia, invitados y público, salió la moza por el registro de que no pronunciaba sus votos.

No lo entiendo. Haber permanecido un año contemplando las eminentes virtudes que se practican en la casa y luego llamarse andana...

¡A ver! Que venga un vicario de monjas y me lo explique.

El día de santa Dorotea asomó por un púlpito de Capellades un berrendo montaraz de muchas libras y bien armado de voz.

Acometió contra los liberales diciendo que de todas cuantas desgracias han ocurrido en España desde 1868 tienen la culpa los gobiernos por haber dado demasiada libertad al Pueblo; y que si estamos agobiados de contribuciones, si se embargan y venden por la Hacienda millares de casas, si los obreros están sin trabajo, de todo tiene la culpa el liberalismo.

¿Les parecen á ustedes muchas brutalidades? Pues todas las dijo por la miseria de quince pesetillas, saliendo así á menos de céntimo por rebuzno.

Aunque tal es su afición á los conciertos de pesebre, que los celebraría gratis si no encontrase quien se los pagara.

Dos guardias provinciales de Consumos asesinaron á un joven en el momento que con otros dos intentaba pasar unas cargas de vino de la provincia de León á la de Oviedo.

Al día siguiente, al emprender el Juzgado su captura, los encontró en casa del cura de Brañas jugando y bebiendo con el *páter*, dos muchachas del pueblo y otros puntos fuertes en naípe y bota.

Hasta ahora habían sido consideradas las iglesias, y por ampliación las casas de los curas, como refugio de pecadores: en adelante habrá que considerarlas como refugio de timbistas, curdas y asesinos.

En Talavera de la Reina se organizó una estudiantina que anduvo postulando para repartir pan á los pobres.

Acercóse al convento de jesuitas pidiendo limosna, y el rector les dijo que si querían que les diese algo habían de comulgar todos; y como uno de los jóvenes le respondiese no se qué, les armó una escandalera de dos mil ignacianos.

El mal no estuvo en los *cuervos*, si no en los jóvenes que fueron á pedir á quien no da un céntimo á nadie y se le saca á todo el mundo.

Es cura, tiene colegio de niños y aun se dice que también niños dados á criar fuera del colegio y de la población en que vive.

Ha poco comisionó á uno de los profesores de su casa, masón, por desgracia de la orden, para que llevase un *bebé* á una mujer de Alcantarilla, ofreciéndole pagar la lactancia puntualmente.

A los pocos meses trató de escurrir el bulto, y lo hubiera hecho á no ser porque el marido de la nodriza le amenazó con descubrir sus gatuperios si no pagaba.

No está muy legible el punto en que vive ese *clérigo*; mas como el tierno pimpllo se está criando en Alcantarilla, supongo que el padre, *páter* y maestro debe vivir cerca de Cartagena.

Había en Valencia una señora que se dedicaba á echar las cartas, como hay señores que se dedican á echar absoluciones.

Cuya señora convenció á una incauta familia de que tenía el secreto de un gran tesoro enterrado en un campo próximo á la capital, y con este motivo le timó una gran cantidad de dinero, como otros se la sacan á las gentes diciéndose los únicos conocedores de ciertos tesoros espirituales que se hallan en el cielo.

Buscarse el garbancete y huir del trabajo. Esto es todo.

Los jesuitas de Azpeitia mangonean en la cárcel pública á pretexto de que han regalado á los presos una imagen; y muchos se preguntan si los reglamentos de establecimientos penales permiten á los ignacianos entrar y salir en los presidios cuando les dé la gana.

No creo que los reglamentos les autorizan para entrar en la cárcel cuando gusten; pero como méritos para el ingreso, los tienen suficientes. Seamos imparciales.

Un vecino de Motilla tenía una hija de cinco meses sin bautizar.

Las gentes neas del pueblo se apoderaron de ella, contra la voluntad de sus padres, y se la llevaron al cura para que la chapuzara.

Si los padres saben cumplir con su deber al educarla, eso importa poco. Y la prueba es que yo estoy bautizado y hasta creo que confirmado.

Antes que se me olvide. Los padres tienen derecho á llevar á los Tribunales á las brujas que hayan intervenido en el asunto. Y al cura también.

Y deben hacerlo, porque á lo mejor se da con un juez que hace justicia aun contra la gente clerical.

El Estado es tan bueno que pasa á los pobrecitos exclaustrados una pensión para que no se mueran de hambre; pensión mezquina, según ellos y toda la gente nea.

Mas como Dios protege á esos benditos, se dan casos como el de uno que vive en Lillo, que aun ha podido economizar para construir una magnífica casa, que vale unos cuatro mil duros, y vive en ella como un patriarca.

Viéndose patente en esto la protección divina, hace mal el Gobierno en proteger con pensiones á los protegidos de Dios.

Al tiempo que se retiraba una procesión á la iglesia de Sigueiro (Coruña), unos individuos de buen humor organizaron un simulacro de entierro, conduciendo un féretro entre cuatro enmascarados, á los cuales seguían otros dos, uno armado de guadaña y otro disfrazado de cura. En el féretro llevaban varios huesos de cuadrúpedo.

Sería una indirecta á los devotos procesionantes: «Ved, hermanos, esos mortales restos. Pues eso sois y en eso os convertiréis.»

¿Que por qué andaría de Ceca en Meca un cura de Corral de Almaguer á fines del pasado Enero buscando sellos móviles del año anterior?

¿Y yo qué sé? Si se tratara de algún seglar de mala conciencia, supondría que era para amañar algún documento falso en perjuicio de tercero; mas tratándose de un presbítero, ¡vaya usted á saber qué obra de caridad intentaría hacer con aquellos sellos caducados!

«Había un impío no se dónde, y Dios, irritado con él, prendió fuego á su casa. ¡Justo castigo del Señor!»

Esta ó parecida noticia, con ese ó parecido comentario, se lee casi todos los días.

Ahora, que se le ha quemado la casa al *parroquiano* de Santa Marina de Córdoba, repito con los creyentes:

¡Castigo de Dios!

Se encaramó al púlpito el *parroquiano* de Humanes, y rebuznó:

«Esos libre-pensadores, á quienes yo llamo libre comedores, que comen carne en Cuaresma sin comprar bulas; esos ignorantes, brutos, animales... y etc.»

¿Conque carne en Cuaresma y sin bula, zanguango? Despide á tu ama ó voy á devolverte la frase.

Cuanto á los demás calificativos, ¿qué decirte? Que los pronunciastes mirándote á un espejo.

Un ferviente católico de Jumilla se ha permitido á sus sesenta otoños abusar de una niña de nueve primaveras.

Si esto hace el venerable neo siendo simple seglar, ¿qué no hubiera hecho á ser cura?

Si se llega á ordenar el ciudadano y á raspase la sacra coronilla, no se escapan ¡pardiez! del veterano ni las niñas *non nactas* de Jumilla.

Ya van entrando en vereda los *clericerontes* de Medina de Pomar, gracias á mis moralizadoras advertencias.

Sólo me queda por domesticar el rebelde Perico Calderón; mas no pierdo las esperanzas de amansarle, si no es por buenas, por malas.

Precisamente están para llegar los famosos boza-

les tantas veces anunciados, y con ponerle el más fuerte, negocio resuelto.

Conque á enmendarse, pecador.

El capellán del hospital-asilo de San Lázaro, en Puerto-Príncipe, abusa del estado de demencia de algunas asiladas, hasta el punto de que cuatro de ellas se hallan en estado de ama de cura.

¿No habrá una autoridad que siente la mano á ese orangután de sotana?

Las hijas de María han rifado en Laredo un juego de cama.

Tenía los números 780 á 790 inclusive, y no he sido agraciado con el premio. De haberme tocado se la hubiera regalado á una sobrina de presbítero, porque es fuerte tal cual ellas la necesitan.

¿Que por qué en la iglesia de San Marcos no quieren admitir las gargantillas de cera que los devotos ofrecen al San Blas que allí se venera, y sí las de plata?

¡Vaya una inocencia! Porque la cera vale más que la plata, y los *curanfobios* son muy modestos y desinteresados.

El sacristán de la iglesia San Ildefonso de esta muy ilustre villa le ha roto la cabeza á un muchacho de catorce años.

Medrada está la infancia con la gente clerical. Cuando un *sacris* no le rompe la cabeza á un niño, un cura le rompe cualquier otra cosa. Y luego dicen: dejad á los niños que se acerquen á nosotros. Un Miura es el que debería acercarse.

Gran parte del campanario de Canals (Valencia) se desplomó días pasados, estando en un tris que no hiciera tortilla al *sacris*.

Silogismo al canto: Las iglesias se derrumban con frecuencia. La redacción de EL MOTÍN permanece incólume.

Luego la empecatada redacción se basa en más sólidas bases que las derrumbadas iglesias.

Trece millones, según dicen, ha legado á los jesuitas una doña Josefa que ha poco falleció en San Clemente (Cuenca).

¡Apenas pueden comprarse con esa cantidad fusiles para asesinar liberales!

PALOS Y PEDRADAS

Señor Gobernador civil de esta provincia:

Alentado por la rectitud con que usted procedió en una denuncia de secuestro clerical que EL MOTÍN le hizo, voy á poner en su conocimiento los rumores que por Aranjuez circulan y que inducen á creer que de otro secuestro se trata.

Dícese que una joven de veinte años, que vivía en casa de su tutor ó encargado, fué sacada en un coche por éste, so pretexto de dar un paseo, y al llegar á una casa coronada por una cruz (sin duda por irrisión), cuyo interior está velado á las miradas de los hombres, fué introducida violentamente; y una vez dentro, los ó las que la esperaban se abalanzaron á ella, internándola sin hacer caso de sus gritos y protestas.

Y añaden que desde entonces la encarcelada joven se ve acometida de frenético delirio, y desde la calle se oyen sus estrepitosos gritos y quejumbrosos lamentos.

V. E. tiene poderosos medios de averiguar lo que en esto haya de cierto; y no dudamos que, de ser exacto lo que de público se dice, devolverá la libertad á esa joven y pondrá á disposición del Poder judicial á sus infames secuestradores.

En Palma se ha constituido un grupo adscrito á la Liga anticlerical de libre-pensadores, que se denominará «Quetglás», en memoria del dignísimo y consecuente libre-pensador D. Miguel Quetglás, primer ciudadano enterrado civilmente en aquella población.

Felicitemos al nuevo grupo y deseamos á sus asociados el éxito más feliz en su civilizadoras tareas.

El director de *El Excomulgado*, que hace pocos días ingresó en la cárcel de Sevilla, ha sido sentenciado por la Audiencia de aquel territorio á cuatro años y diez meses de prisión correccional y 500 pesetas de multa.

Sentiremos que el Supremo confirme la sentencia.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El Hipnotismo al alcance de todas las inteligencias, por el doctor Calatraveño.

El clamoreo que el clericalismo empieza á levantar contra la popularización de las doctrinas y experimentos de sugestión é hipnotismo, demuestra bien á las claras el rudo golpe que recibirá el día que al vulgo ignorante se le demuestre que muchos fenómenos que tiene por sobrenaturales y milagrosos caen bajo las leyes de la naturaleza y son perfectamente explicables para el hombre científico.

Por eso aplaudimos la idea del Sr. Calatraveño de explicar en un breve, pero docto y bien escrito folleto, lo que el hipnotismo es en sí y la verdadera revolución que está llamado á producir en las esferas religiosas, docentes, higiénicas y jurídicas, en un lenguaje efectivamente al alcance de todas las inteligencias.

Véndese al precio de cincuenta céntimos de peseta en las principales librerías.

Los pedidos al autor: Fúcar, 22, segundo derecha, en Madrid.

Cesarina Diétrich, por Jorge Sand; versión castellana de C. Vidal.

Es esta preciosísima novela un estudio primoroso del carácter, vicios y virtudes de una hija de familia plebea, pero enriquecida; y está hecho con tal firmeza, con tan notable espíritu de observación, que, más que novela, puede decirse que es este libro una verdadera biografía de la protagonista, que es á su vez un exactísimo retrato de muchas jóvenes que pueblan los salones del mundo aristocrático.

Este precioso libro, que forma el tomo 92 de la Biblioteca de *El Cosmos Editorial*, se vende á dos pesetas cincuenta céntimos encuadernado en rústica, y tres pesetas encuadernado en tela, en la casa editorial, Arco de Santa María, 4, bajo, y en las principales librerías.

El señor director general de Seguridad ha tenido la atención de enviarnos un ejemplar del folleto *Estadística de los delitos y faltas cometidas y capturas de criminales verificadas durante el año de 1887*, por lo cual le damos las gracias.

NOVELAS DE EL MOTÍN

Hemos puesto á la venta la preciosa novela titulada *La Sima de Igúzquiza*, original del renombrado escritor D. Alejandro Sawa.

PRECIO: UNA PESETA.

Los suscriptores directos á EL MOTÍN la recibirán con el 25 por 100 de rebaja.

Dentro de pocos días pondremos á la venta la tercera y última obra del célebre cura Juan Meslier, titulada *La Religión Natural*.

Precio dos pesetas, con la rebaja del 25 por 100 á los suscriptores directos á EL MOTÍN.

BIBLIOTECA DE EL MOTIN

EL JUDÍO ERRANTE. Célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA (*El Ciudadano*), escrito en francés por Pigault-Lebrun.—Versión castellana, con un prólogo y la biografía del autor, por A. G. M.—Obra interesantísima.—Una peseta.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS. para que los malos se perseveren, ó sea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por EL MOTÍN.—Cuatro partes, á peseta cada una.

LA REPÚBLICA. Hermosa lámina al cromo en diez colores, propia para colocarla en Casinos, Comités y Despachos. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho.—Tres pesetas.

RETRATO DE D. MANUEL RUIZ ZORRILLA. Magnífico cromo, de exacto parecido, en doce colores, midiendo la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho.—Tres pesetas.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN. por el cura Meslier.—Dos pesetas.

TIGRE TONSURADO. Novela anticlerical, traducida al castellano.—Una peseta.

EL SUPPLICIO DE UN CURA. Idem, id.—Una peseta.

EL VOTO DE CASTIDAD. Idem id., por Enrique Segovia Rocaberti.—Una peseta.

LO QUE NO DEBE DECIRSE. (Quinta edición), por José Nakens.—Dos pesetas.

TESTAMENTO DE JUAN MESLIER. cura de Etrépi, de las cartas que Voltaire y D'Alembert escribieron en elogio suyo; y ENSAYOS SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE ALGUNAS ESPECIES DE MONJES.—Dos pesetas.

UN RATO Á CURAS. por EL MOTÍN.—Una peseta.

LA PIQUETA. por José Nakens.—Tercera edición.—Una peseta.

LOS JESUITAS. Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, regicidios, envenenamientos y demás pequeñas cometidas por la célebre *Compañía de Jesús*, desde su fundación hasta la época presente, por Ignacio de Lozoya.—Dos pesetas.

ACICATE DE LA ALEGRÍA. Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

¡AQUELLOS TIEMPOS! por el ilustrado y popular catedrático de la Universidad Central D. Miguel Morayta.—Cuarta edición.—Dos pesetas.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA ME-LANCOLIAS.—Obra festiva con trece buenos cromos.—Una peseta.

LO QUE SON LOS CURAS. por el cura Juan Meslier.—Dos pesetas.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.